



S. YIZHAR

Hirbet Hiza. Un pueblo árabe

Traducción de Ana María Berjano,
Minúscula, Barcelona, 2009, 127 pp.
ISBN 978-84-95587-48-0
(Hirbet Hiza, 1949)



Puede ser el Estado de Israel un Estado como los demás? Naturalmente, la pregunta se refiere sólo a los Estados dotados de una constitución republicana, democrática o liberal, el tipo de constitución al que la Constitución de los Estados Unidos ofrece históricamente una pauta con su separación de poderes y el establecimiento de la libertad religiosa. ¿Es el Estado de Israel el *Judenstaat* preconizado por el sionismo? ¿Es o fue el sionismo distinto de cualquier otro nacionalismo? Sean cuales sean las respuestas a estas preguntas, hay una que dice que ningún Estado —ni el Estado de Israel ni los Estados Unidos— es una entidad absoluta, sino que se trata de una construcción sometida al cambio y, al mismo tiempo, a ideales que están por encima de ella y que son inmutables, aunque sea nominalmente inmutables, como la justicia o la libertad, precisamente los mismos ideales o derechos que cualquier declaración razonablemente humana de independencia consideraría previos a cualquier ordenación estatal, o la dignidad y la vergüenza. En virtud de qué la justicia o la libertad o la dignidad o la vergüenza están por encima de cualquier Estado es otra cuestión y, en cierto modo, es la única cuestión.

Hace unos meses, un escritor libanés, Elias Khoury, se amparó en *Hirbet Hiza* para denunciar la estrategia del ejército

israelí en Gaza y comparó algunos pasajes de la novela con lo ocurrido en Europa durante el Holocausto. La traductora del libro protestó en una carta que a mí, aunque no había leído aún *Hirbet Hiza*, me pareció una columna de justicia. Ahora he leído este libro. La más elemental de las cautelas que un lector debe adoptar es la de no confundir los dominios de la imaginación con los de la realidad. *Hirbet Hiza* es una novela, no un documento. Se trata de literatura, de la ética de la literatura, no de historia ni de periodismo —ni siquiera de la historia revisionista israelí—, y la verdad literaria es infinitamente superior a la verdad histórica. Por esa razón, si se encontraran en el desierto documentos que permitieran reconstruir históricamente lo poco que sabemos de la llegada de Abraham a la tierra de Canaán, la narración bíblica no sufriría ninguna alteración. Lo poco que sabemos es que no era su tierra nativa y que tres mil años después la exigencia de justicia para habitar en esa tierra —y en cualquier otra del mundo— no se ha modificado ni una iota. De esa exigencia de justicia nace *Hirbet Hiza*. No insistiré en lo desafortunado que es calificar de irónico que Yizhar fuera el autor del libro y miembro durante años, como representante del partido laborista, del parlamento israelí, añadiré que con una actividad destacada en las cuestiones medioambientales, además de profesor en la Universidad de Tel Aviv. No es una ironía. ¿Podríamos imaginar a un escritor alemán, miembro del partido gobernante y parlamentario, que hubiera participado en la destrucción del gueto de Varsovia o en los campos de exterminio —por llevar la comparación al terreno de Khoury—, que los hubiera descrito con una mínima parte de la conciencia que Khoury atribuye a Yizhar como historiador, que profesara libremente sus enseñanzas en la universidad y que no hubiera sufrido las consecuencias? Es obvio que no, y el hecho de que *Hirbet Hiza* no sólo pudiera escribirse, sino publicarse, leerse y, en última instancia, pasar a formar parte del currículum oficial del Estado e inspirar una serie de televisión proyectada cuando se conmemoraron los cincuenta años de la fundación de Israel, refuta la tergiversación de Khoury.

Hirbet Hiza es “una nota marginal” y una “maldición”, un “texto sagrado” y, por emplear una palabra que Yizhar no emplea expresamente, una profecía, es decir, una narración de algo que ha sucedido hace mucho tiempo y en lo que, sin embargo, no es posible dejar de pensar. Tal vez dentro de tres mil años el exilio y la colonización sigan siendo fenómenos recurrentes, pero lo que sabemos de Abraham es que fue escogido para que practicara la justicia y el derecho.

Antonio Lastra